

perfidia y la traición, pues tendría que juzgarlos y ser para unos y otros inexorable en mis juicios, ya que de los crímenes de los tiranos deben responder los pueblos que, además de tolerarlos, los aplauden. Ello no obstante, cuando acude a mi memoria el recuerdo del asesinato del único Presidente de la República Mexicana elegido por el voto popular, no puedo menos que recordar lo que decía en una carta Lord Clarendon al general Soubllette, en 1844, cuando derribaron en España al general Espartero: « Han derribado a este hombre tan respetable como dulce y se han puesto bajo la garra de un tigre carnicero, que los hace llorar lágrimas de sangre su ceguedad y tontería ». Y cuando a modo de castigo a mis extravíos de hombre joven, pienso en monstruos de la talla de Victoriano Huerta, no obstante mi criterio moderno, que no se aviene muy mucho a que el poder tenga la facultad de castigar al ser humano aun confesando, como confieso, que es necesario, suspiro por las leyes espartanas que privaban de la vida a los frutos deficientes del amor humano, adhiero la doctrina de Garofalo y pido con él la represión radical del delincuente por medio de la eliminación absoluta: cortándole la cabeza.